LIBRO PRIMERO.

1

A M ***

Quereis conocer la primera mitad de mi vida... porque me amais; pero no participan de vuestro cariño más que mi presente y mi porvenir; mi pasado os es desconocido; es una parte de mi existencia de que os hallais defraudado, y que debo entregaros. Tambien á mi me será algunas veces grato, muchas penoso, remontarme por vos y con vos solo á los manantiales agitados y encubiertos de mi vida, á mis sensaciones, á mis pensamientos. Cuando el rio baja agotado y turbio, arrastrando sólo ondas tumultuosas y amargas, entre arenas áridas, ántes de perderlas en el Océano comun, ¿quién no desearia subir ola á ola y vallado tras vallado las largas sinuosidades de su curso, para admirar con la vista y gustar en el hueco de la mano las primeras ondas

que brotaron del peñasco, cubiertas por el ramaje, frescas como la nieve de que se destilan, azules y profundas como el cielo de la montaña que se refleja en ellas? ¡Ah! lo que me pedís que haga será una deliciosa reparacion para mi alma, al mismo tiempo que una curiosidad grata y satisfecha para vos. Estoy pasando por esos momentos indecisos de la vida humana, en que, colocado en la mitad de los años que concede Dios ordinariamente á los hombres más favorecidos, se halla un momento como suspenso entre las dos partes de su existencia, sin comprender si asciende todavía ó si comienza ya á descender. Es la hora en que debemos detenernos un instante, si tomamos algun interés en nuestra suerte, ó si otro se lo toma por nosotros, á dirigir algunas miradas á lo pasado, y á volver á contemplar, á través de las sombras que ya comienzan á extenderse y á posesionarse de nuestro sér, los sitios, los instantes, las personas, los recuerdos agradables que oscurece la noche, y que quisiéramos hacer revivir para siempre en el corazon de otro, de la propia suerte que viven constantemente en nuestro corazon. Pero en el instante de ir á desplegar para vos los dobleces tan íntimos y cuidadosamente preservados de mis recuerdos, siento que suben abrasadores, desde lo profundo de mi pecho, raudales de ternura, de melancolía y de dolor, que ahogan mi voz entre tos sollozos de mi vida pasada; parecian como adormidos, pero no estaban muertos: tal vez haya hecho mal en removerlos, y tenga que desistir. El silencio es el sudario de lo pasado; algunas veces es impio,

muchas peligroso levantarlo; pero aun cuando se levante piadosamente y con amor, el primer momento es siempre doloroso. ¿Habeis pasado alguna vez por una de esas terribles pruebas de la vida? Yo he pasado dos veces, y no las recuerdo sin estremecerme.

- La muerte os ha arrebatado repentinamente, y en vuestra ausencia, uno de esos seres con quienes compartíais la existencia, una madre, un hijo, una esposa adorada. Atraido por la nueva fatal, llegais ántes que haya recibido la tierra el depósito sagrado de aquel cuerpo dormido para una eternidad. Atravesais los umbrales, subís la escalera, entrais en la estancia, en donde quedais solo con Dios y la muerte. Caeis de rodillas al lado de la cama, permaneceis allí horas enteras con los brazos caidos y la cara oculta entre las cortinas del lecho mortuorio; os levantais al fin, dais sin direccion algunos pasos por la estancia, y ya os aproximais, ya os separais alternativamente de aquel lecho, en el que un lienzo blanco extendido sobre un cuerpo inmóvil marca al cubrirlas las formas del sér que nunca volverá á presentarse ante vuestros ojos. Una horrible duda os asalta: puedo levantar aún el sudario y contemplar todavía una vez el rostro adorado. ¿Deberé volver á verlo tal como la muerte lo ha dejado? ¿Será mejor besar esa frente al través del lienzo? ¿Y cómo no contemplar ese semblante, que ya no existirá sino en mi memoria, con el color, la mirada y la inflexion que le daba la vida? ¿Qué vale más para el consuelo del que sobrevive, para el culto del que ha muerto? ¡Problema doloroso! Concibo muy bien que cada cual le proponga y resuelva de diferente manera. En cuanto á mí, tambien me he fijado en él; pero siempre ha prevalecido el instinto al razonamiento. ¡He querido volver á contemplar, y he contemplado! Y la tierna piedad del recuerdo que deseaba imprimir en mí, ha permanecido inalterable; pero la memoria de la fisonomía animada y viva, confundiéndose en mi pensamiento con la del semblante inmóvil y como esculpido en mármol por la muerte, ha dejado en mi alma facciones petrificadas en mi ternura, algo de palpitante como la vida é inmutable como la inmortalidad.

Algo semejante á esta penosa alternativa, es lo que yo experimento al abriros este libro impreso en mi memoria. ¡Bajo el velo del olvido se cobija un cadáver, que es mi juventud! ¡Qué de imágenes deliciosas, pero tambien qué de sangrientos recuerdos se evocarán con ella! No importa; lo quereis, y os obedezco. ¡En qué mano más dulce y piadosa podria yo colocar, para conservarlas algunos dias, las cenizas tibias aún de lo que fué mi corazon?

II

¡Dios mio! ¡Muchas veces me ha pesado haber nacido! ¡Muchas veces he anhelado retroceder hasta la nada, en vez de avanzar al través de tantas mentiras, de tantos sufrimientos y de tantas pérdidas sucesivas, hácia esa pérdida de nosotros mismos, á que llamamos muerte! No obstante, aun en esos instan-

tes de horrible desaliento, en que la desesperacion domina á la inteligencia, y en que se olvida uno de que la existencia es un trabajo impuesto para acabar con lo que la forma, he repetido siempre: ¡hay algo de que sentiria no haber participado; de la leche de una madre, el afecto de un padre, el parentesco del alma y del corazon con mis hermanos, las ternuras, las alegrías y aun las tristezas de mi familia! La familia es evidentemente una cosa que se nos asimila, más grande que nosotros mismos, y que nos antecede y sobrevive con lo mejor que poseemos. Es la imágen de la santa y amorosa unidad de los seres, revelada por el corto número de los que se sostienen entre si, y percibida por el sentimiento. Frecuentemente he concebido que pueda quererse extender la familia; pero ; destruirla!... ; Sería una blasfemia contra la naturaleza y una impiedad contra el corazon humano! ¿A dónde se refugiarian todas esas afecciones que han nacido allí, y que tienen su nido bajo el techo paternal? No se comprenderia cuál era el origen de la vida; no se sabria de dónde viene ni á dónde va. Todas las ternuras del alma se convertirian en abstracciones de la inteligencia. ¡Ay! ¡la obra más completa de Dios es el haber hecho que aquellas leyes suyas más conservadoras de la sociedad fuesen al propio tiempo los sentimientos más deliciosos del individuo! ¡Interin no se ama, no se comprende!

¡Dichoso aquel á quien ha concedido Dios que nazca de familia honrada y buena! Esta es la primera de las bendiciones del destino; y al decir buena fa-

milia, no hablo de una de aquellas cuya nobleza hacen constar los hombres en pergaminos, sino que participe de esa nobleza comun á todas las clases. Familias de labradores he conocido, cuyos sentimientos puros, cuya caballerosa probidad, cuya notable delicadeza y cuyas legítimas tradiciones, que llaman nobleza, se revelaban tanto en sus actos, en sus rasgos, en su lenguaje y en sus maneras, como pudieran en los más encumbrados linajes de la monarquia. Hay dos noblezas: la que da la naturaleza, y la que concede la sociedad; aquella es la mejor. Poco importa la altura del piso ó la extension de los campos en donde exista el hogar doméstico, con tal que hallen en él abrigo la piedad, la integridad y los gratos recuerdos de la familia que en él se perpetúa. El niño nace predestinado á la casa en que recibe la vida. Las impresiones que recuerda son las que constituyen esencialmente su alma. La vista de nuestra madre penetra en nosotros mismos por nuestros ojos, como parte que es de nuestra alma. ¿Quién al recordar esa mirada no siente descender á su pensamiento algo que le disminuya la turbacion ó que ilumine su serenidad, aun cuando sea sólo como un sueño ó como una idea?

Dios me ha concedido la gracia de nacer en una de esas familias privilegiadas, en las que sólo se aspira el grato aroma que han esparcido en torno suyo algunas generaciones al atravesar sucesivamente la vida; familia sin gran brillo, pero sin mancha alguna; colocada por la Providencia en esa clase media de la sociedad, que pertenece á la vez á la nobleza por el nombre, y al pueblo por la modicidad de fortuna, por la vida sencilla y la residencia en el campo en medio de aldeanos, participando de sus hábitos y casi tambien de sus trabajos. Si tuviera que volver á nacer, allí seria indudablemente donde preferiria recobrar la vida. Es buen sitio para comprender las diversas condiciones de la humanidad; ni envidiable por lo muy alto, ni prestándose el medio al desden por lo bajo, es un punto en el que necesariamente se encuentran y reasumen en los seres vivientes la elevacion de ideas nacida de la elevacion relativa en que están, y la sencillez de los sentimientos que presta la naturaleza á quien la frecuenta.

at long resident of the late of the second

En las márgenes del Saona, corriente arriba, á algunas leguas de Lyon, se eleva, entre praderas y lugarcillos, y sobre la pendiente de un ribazo alzado apénas sobre la llanura, la reducida pero graciosa ciudad de Macon. Dos torres góticas, decapitadas por la revolución y minadas por el tiempo, fijan las miradas y la mente del viajero que desciende hácia la Provenza ó hácia Italia á bordo de los barcos de vapor que continuamente surcan las aguas del rio. Por debajo de las ruinas de la antigua catedral, y en un espacio como de media legua, se estienden largas filasde casas blancas, y el muelle en donde se embarcan y desembarcan las mercancias del Mediodia de Francia y los vinos de Macon. El silencio y el reposo reinan en la parte alta de la ciudad, que

no se descubre desde el rio. Crece la yerba entre las piedras de su pavimento. Sus estrechas calles aparecen sombrías, á causa de la elevacion de las paredes de los antiguos conventos. Un colegio, un hospital, algunas iglesias, unas restauradas y otras ruinosas y convertidas en almacenes por los toneleros del país; una ancha plaza en cuyos dos extremos hay plantados tilos, y en la que juegan los niños y se sientan al sol los ancianos en los dias apacibles; estensos arrabales de casas de poca elevacion, que suben serpenteando hasta la cima de la colina, en las avenidas de los caminos reales; varias casas de recreo, una de cuyas fachadas da á la ciudad, perdiéndose la otra entre el campo y la verdura, y cinco ó seis casas grandes á las inmediaciones de la plaza, cerradas casi siempre, y en las que durante el invierno se refugian las antiguas familias de la provincia; tal es el golpe de vista que presenta la ciudad alta. Era el barrio ocupado en otro tiempo por lo que se llamaba la nobleza y el clero; hoy lo habitan los propietarios y la magistratura. Tal es la condicion humana: las poblaciones descienden de lo alto para trabajar, y para descansar vuelven á subir: huyen del ruido en cuanto adquieren lo necesario para su bienestar.

En uno de los ángulos de la plaza, que era un baluarte ántes de la revolucion, y cuyo nombre conserva todavía, se distingue una casa grande y elevada, con escaso número de ventanas, y cuyos altos y macizos muros, ennegrecidos por la lluvia y enverdecidos por el sol, se hallan reforzados hace

más de un siglo por gruesos gatillos de hierro. Una ancha y alta puerta, precedida de dos escalones, da paso al largo zaguan, á euyo extremo se ve una pesada escalera de piedra, alumbrada por una ventana colosal, que de piso en piso conduce á estensas y numerosas habitaciones. Aquella es la casa en que nací.

IV.

Aun vivia por entônces mi abuelo, antiguo caballero que habia servido mucho tiempo en los ejércitos de Luis XV, y que fué condecorado con la cruz de San Luis en la batalla de Fontenoy. Al retirarse á su provincia con el grado de capitan de caballería. no le abandonaron los hábitos de elegancia, de esplendidez y de buen gusto, contraidos en la corte y en las guarniciones. Dueño de una buena fortuna en su país, habíase casado con una rica heredera del Franco Condado, la cual le llevó en dote tierras considerables y estensos bosques en las cercanias de San Claudio y en las gargantas del Jura, no léjos de Ginebra. Tenia seis hijos, tres varones y tres hembras. Segun las ideas de la época, toda la fortuna de la familia debia ir á parar á manos del mayor; al segundo se le dedicó, mal de su grado, al estado eclesiástico, aun cuando carecia enteramente de vocacion para él: de las tres hijas, habian sido sepultadas dos en un convento, y la tercera era canonesa y acababa de pronunciar sus votos. Mi padre, el menor de todos los hermanos, había entrado

al servicio de las armas desde la edad de diez y seis años, en el mismo regimiento en que sirvió mi abuelo. Estábale prohibido el casarse, segun las leyes de la época: su destino era el de envejecer en el modesto grado de capitan de caballería, que no tardaron en concederle; pasar de tiempo en tiempo un semestre en la casa paterna; hacerse acreedor con mucha lentitud á la cruz de San Luis, límite marcado á las ambiciones de todo noble de provincia; y allá en la edad provecta, dotado con un módica pension por el rey, y con una legítima más módica aún, vegetar en el piso más elevado de cualquier castillo ruinoso de su hermano mayor, cuidar del jardin, cazar con el cura, adiestrar caballos, entretener á los niños, hacer la partida de ajedrez ó de chaquete á sus convecinos, complaciente nato de todo el mundo, esclavo doméstico, feliz con su presente, querido é inconsiderado por todo el mundo, y llevando de esta suerte á remolque la vida, oscuro, sin bienes, sin mujer, sin posteridad, hasta que los achaques y las enfermedades lo trasladasen del salon al desalhojado aposento en cuyos muros pendiesensu casco y su mohosa espada, y se oyese clamar un dia en el castillo: «El caballero ha muerto.»

Mi padre era, pues, el caballero de Lamartine: modesto y respetuoso, hubiera aceptado suspirando, pero sin replicar, la vida á que se le destinaba. Una circunstancia imprevista llegó á trastornarlo todo. Su hermano mayor quedó valetudinario; prohibiéronle los médicos contraer matrimonio, y no faltó quien dijera á su padre «que era preciso casar al-

caballero.» Semejante indicacion constituia un atentado contra los sentimientos de familia y las preocupaciones envejecidas en el ánimo y en el corazon
del noble anciano, porque los segundones no nacian
para casarse; de esto resultó que mi padre permaneciese en el regimiento, y que fuera creciendo de
dia en dia aquella oposicion, que con más energia
que nadie sostenia mi abuelo.—¡Casar al caballero!
¡Era monstruoso!—Por otro lado, parecia un erímen contra la sangre dejar que se estinguiera la
humilde raza y el oscuro nombre de la casa; era,
pues, llegado el momento de decidirse: las dudas
iban perpetuándose, y la revolucion acercándose.

V

Habia en Francia por aquella época, y hay todavia en Alemania, una institucion religiosa á la par que mundana, de que dificilmente podriamos formarnos idea sin sonreirnos; tan agradable y severo contraste presentaban el mundo y la religion al agruparse y confundirse para constituir lo que se llamaba un capitulo de canonesas nobles. Hé aquí á lo que se reducian estos capítulos.

Hallábanse en una provincia, y en un paraje cuya posicion, acertada en lo general, no distase mucho de alguna ciudad populosa, la cual animaba con su vecindad esta especie de conventos sin clausura: las familias nobles y ricas del reino enviaban para que morasen en ellas, despues de practicado lo que se llamaba prueba, á aquellas de sus hijas que no

sentian inclinacion al estado de religiosas en clausura, y á quienes no se podia dotar suficientemente para casarlas.

Dábanles á cada una de ellas un pequeño dote, y las edificaban una casa agradable, rodeada de un jardincito, bajo un plano uniforme, é inmediata á la capilla del capítulo: así formaban una especie de cláustros libres y agrupados, cuya puerta quedaba á medio cerrar para el mundo; secularizacion imperfecta de las órdenes religiosas de otro tiempo; transicion elegante y dulce de la Iglesia al mundo. Aquellas jóvenes entraban allí á la edad de catorce ó quince años. Al principio vivian bajo la vigilancia poco molesta de canonesas más ó ménos provectas, que habian prestado ya sus votos, y á quienes las confiaban sus familias; mas, en cuanto cumplian veinte años, dirigianse por sí mismas, se asociaban con una ó dos de sus amigas, y vivian en comunidad y en pequeños grupos de dos ó tres personas.

Sólo moraban en el capítulo de la primayera al otoño: en el invierno iban á los pueblos de las inmediaciones á refugiarse en el seno de sus familias, para pasar en él un semestre agradable y adornar el salon de sus madres. Durante los meses que residian en el capítulo, no tenian obligacion alguna, sino es la de ir dos veces cada dia á cantar los oficios á la iglesia, y aun de estos se podian eximir con el menor pretesto. Por la noche se reunian, ya en casa de la abadesa, ya en la de cualquiera de ellas, para jugar, hablar y leer, sin otra regla que su deseo, sin otra vigilancia que la de una canonesa

anciana, indulgente pastora de aquel hermoso rebaño. Sólo podia visitárselas á horas determinadas. Los hombres estaban escluidos de aquellas reuniones; sin embargo, existian escepciones que lo contiliaban todo. Eranles permitidas á cada una de las jóvenes canonesas las visitas de sus hermanos durante un número de dias determinado, y podian además presentarlos á sus amigas en las sociedades del capítulo. Así se formaban naturalmente los más tiernos lazos entre el corazon de los jóvenes oficiales que iban á pasar algunos dias del semestre en casa de su hermana, y el de las amigas de esta hermana. Origináronse de aquí, de vez en cuando, algunos raptos, ó cuando ménos cuchicheos en el capítulo; pero en lo general presidian una piadosa reserva y una decencia intachable á estas relaciones de intimidad delicadísima; y tales sentimientos, mútuamente concebidos y reanimados por visitas anuales al capítulo. daban lugar con el tiempo á matrimonios de inclinacion, tan raros en aquella época en la sociedad francesa.

VI.

Una de las hermanas de mi padre era canonesa de cierto capítulo noble del Beaujolais, á orillas del Saona, entre Lyon y Macon, en el cual habia prestado sus votos á los veintiun años. Allí poseia una casa, en la cual habitaba en compañía de una encantadora amiga de diez y seis años, que acaba de entrar en el capítulo. Yendo mi padre á visitar á su hermana á

Salles (tal era el nombre del pueblecillo), quedo prendado de las gracias, del talento y de las angélicas cualidades de aquella jóven. La bella reclusa y el gallardo oficial se amaron, siendo naturalmente confidente y favorecedora de su mútua inclinacion la hermana de mi padre. Despues de muchos años de constancia, de superar obstáculos, de vencer repugnancias de familia, cuyo más poderoso ministro es siempre el amor, desposóse mi padre con la amiga de su hermana.

VII.

Aliv-des-Roys es el nombre de nuestra madre, hija de M. Des-Roys, intendente general de la casa del duque de Orleans. Mad. Des-Roys, su mujer, era segunda aya de los hijos del espresado principe, favorita de aquella interesante y virtuosa duquesa de Orleans, á quien respetó la revolucion, espulsándola de su palacio y conduciendo á sus hijos al destierro y á su marido al cadalso. M. y Mad. Des-Roys disfrutaban durante el invierno alojamiento en el Palais-Royal, y Saint-Cloud en el verano. Allí fué en donde nació mi madre, que se educó al lado de Luis Felipe con la respetuosa familiaridad que se establece siempre entre los niños que participan de las mismas lecciones y de los mismos juegos.

¡Cuántas veces nos ha hablado nuestra madre de la educación de este príncipe, á quien una revolución había arrojado de su patria y otra colocádole en el trono! No existe una fuente, una calle, una pradera en los jardines de Saint-Cloud, que no conociéramos por sus recuerdos de infancia ántes de verlos por nosotros, mismos. Saint-Cloud era para ella su Milly, su cuna, el lugar en que todas sus ideas habian germinado, florecido, vegetado y crecido con las plantas de su delicioso parque. Todos los nombres sonoros del siglo XVIII eran los primeros que se grabaron en su memoria.

Mad. Des-Roys, su madre, era una mujer de mérito. Sus funciones en la casa del primer príncipe de la sangre atraian y agrupaban en su rededor muchos personajes célebres de la época. Voltaire, en su corto y postrer viaje á París, que equivalió á un triunfo, pasó á visitar á los jóvenes príncipes. Mi madre, que á la sazon contaba sólo seis ó siete años, asistió á la visita; y aunque tan niña, comprendió, por la impresion que se revelaba en torno suyo, que veia una cosa superior á un rey. La actitud de Voltaire, su traje, su baston sus gestos y sus palabras, se quedaron grabadas en su imaginacion infantil, de la propia suerte que la incrustacion de un sér antidiluviano en las piedras de nuestras montañas.

D'Alembert, Laclos, Mad. de Genlis, Buffon, Florian, el historiador inglés Gibbon, Grimm, Morellet, M. Necker, los hombres de estado, los literatos, los filósofos de la época, vivian en la sociedad de Mad. Des-Roys, quien tenia especialmente relaciones con el más inmortal de entre ellos, J. J. Rousseau. Mi madre, aun cuando muy piadosa y estrechamente ligada al dogma católico, habia conservado una tierna admiracion hácia aquel grande hombre,

sin duda porque poseia algo más que su genio, porque tenia alma, y sin participar de la religion de su talento, compartia la de su corazon.

Surpression of the VIII.

El duque de Orleans, conde de Beaujolais al mismotiempo, tenia la facultad de nombrar un cierto número de señoras para el capítulo de Salles, que dependia de su ducado. Por esta causa, y merced á él, obtuvo su nombramiento mi madre á la edad de quince años. Aun conservo un retrato suyo, hecho por entónces, independientemente del que sus hermanas todas y mi mismo padre nos han trazado tantas veces de memoria.

Está representada con su traje de canonesa. Se ve allí á una jóven de estatura elevada, esbelto y flexible talle, y hermosos brazos blancos que salen á la altura del codo de las mangas estrechas de un vestido negro. Sobre su pecho pende la crucecita de oro del capítulo: por encima de sus cabellos cae y ondea á ambos lados de la cabeza un velo de blondas ménos negras que aquellos. Pero su semblante juvenil y sencillo es el que brilla sobre todo en medio de aquellos colores sombrios.

El tiempo ha robado alguna frescura á aquel colorido de quince años; mas los rasgos permanecen tan puros como si el pincel del pintor no se hubiera secado aún sobre la paleta. Aun pueden reconocerse perfectamente aquella satisfaccion de la vida interior, aquella ternura inagotable de alma, de mira-

das y de palabras, y sobre todo, aquel rayo de luz radiante, siempre tan serena, tan impregnada siempre en sensibilidad, y que brotaba como una caricia eterna de sus ojos, algun tanto hundidos y velados por los párpados, como si no hubiese querido, por miedo de deslumbrar, que reflejasen cuánta claridad y amor encerraba en sus hermosas pupilas. Se adivina, con sólo mirar este retrato, toda la pasion que una mujer semejante debió de inspirar á mi padre, y toda la piedad que posteriormente debia infundir á sus hijos.

Tambien mi padre era digno en aquella época. por su esterior y por su carácter, de atraerse el corazon de una mujer sensible y animosa. No era ya muy jóven; tenia treinta y ocho años. Pero para un hombre de organizacion privilegiada, que debia morir jóven aún por sus ideas v por su cuerpo, á los noventa años, con todos sus dientes y cabellos, y con la severa é imponente belleza que la ancianidad lleva consigo, treinta y ocho años eran la flor de la vida. Su estatura era elevada, su actitud marcial, sus facciones varoniles y con todos los caractéres del órden y del dominio. Su aire apacible y su franqueza eran lo que más impreso se quedaba de su fisonomía. No afectaba ni volubilidad ni gracia, aun cuando realmente la poseyera en sumo grado. Con un corazon de los más ardientes, mostrábase como apático y frio en la apariencia, porque se temia á sí mismo y le causaba como rubor su propia sensibilidad.

No ha existido en el mundo hombre de cuya vir-

tud se dudase ménos, ni que como él recatase con un pudor de mujer las perfecciones severas de una naturaleza heróica. Yo mismo permanecí en el error durante muchos años, tomando por dureza y austeridad lo que sólo era justicia y rigidez. En cuanto á sus inclinaciones, eran primitivas cual su alma, y ya como padre de familia, ya como militar, siempre aparecia hombre ante todo. La caza y el monte cuando pasaba un semestre en la provincia, y durante el resto del año su regimiento, su caballo, sus armas, la ordenanza seguida con escrupulosidad y ennoblecida por el entusi smo de la vida de soldado. constituian todas sus ocupaciones. Para él no habia nada sobre su grado de capitan de caballería y la estimacion de sus compañeros: su regimiento eramás que su familia: tenia en tanto el honor del cuerpo como el suyo propio: sabía de memoria los nombres de los oficiales y de los caballeros, y todos adoraban en él. Su profesion era su vida; sin ninguna especie de ambicion ni de fortuna ni de grado más elevado, colocaba su bello ideal en ser lo que era, un buen oficial; en reconocer el honor por dueño y el servicio del rey por religion; en pasar seis meses del año de guarnicion en una ciudad, y los otros seis en una casita de campo de su propiedad, con su mujer y sus hijos. Era, en fin, mi padre el hombre primitivo, algun tanto modificado por el soldado.

La revolucion, el malestar, los años y las ideas le cambiaron y le completaron en su edad avanzada. Puedo decir por mí mismo, que he visto desarrollarse á los setenta y seis años de su vida su estraordinaria y privilegiada naturaleza. Tenia la fibra de esos robles que se envejecen y renuevan hasta el dia en que se aplica el hacha á su pié. A los ochenta años se estaba perfeccionando todavía.

IX

He hablado de los obstáculos de fortuna y de las preocupaciones de familia que se oponian á su casamiento; su constancia y la de mi madre los superaron, enlazándose en el momento mismo en que la revolucion iba á conmover todas las instituciones humanas, incluso el suelo mismo en que se hallaban cimentadas.

Ya la Asamblea constituyente habia dado principio à su gran obra; minando con la fuerza de una razon, por decirlo asi, divina, los privilegios y preocupaciones todas sobre que reposaba el antiguo órden social de Francia. Ya las grandes conmociones populares destruian, á semejanza de las olas que empieza á levantar el viento, ya á Versalles, ya á la Bastilla, ya el Hotel de-Ville; pero subsistia el entusiasmo de la nobleza por la regeneracion política y religiosa: creia que todo iba á ser pasajero, á pesar de la violencia de aquellos primeros terremotos; y era porque no existia en lo pasado escala con que medir la altura á que podia llegar aquel desbordamiento de ideas. Mi padre, al casarse, no habia abandonado el servicio; y en todo aquello no traslucia otra cosa que la obligacion de seguir su bandera.

defender al rey, luchar contra el desórden por espacio de algunos meses y sacrificar á su deber algunas gotas de sangre. Aquellas primeras emociones de una tempestad que debia destruir un trono y conmover á Europa por espacio de medio siglo lo ménos, se perdieron para mi padre en las primeras alegrías de su amor y en las perspectivas primeras de su felicidad. Recuerdo haber visto cierto dia una rama de sauce desgajada del tronco por la tempestad, que nadaba al siguiente dia sobre las aguas del Saona desbordado. ¡Un ruiseñor hembra descansaba aún sobre su nido en la espuma del rio, en tanto que el macho seguia aleteando á sus amores que bogaban sobre un despojo!

LIBRO SEGUNDO.

I

Apénas habian empezado á gustar de una dicha por tanto tiempo anhelada, cuando tuvieron que separarse, interrumpiéndola quizá para no volverse á ver. En esta época la emigracion no era, como despues, un refugio contra la persecucion y la muerte. El espíritu de espatriacion se habia apoderado universalmente de la nobleza de Francia. Los principes dieron un ejemplo que se hizo contagioso: regimientos enteros se quedaron en una noche sin oficiales. Durante algun tiempo fué una vergüenza permanecer donde se hallaban el rey y la Francia, y era necesario poseer mucho valor y no mucha firmeza de carácter, para no dejarse arrastrar por aquella locura epidémica que tomaba el nombre del honor. Mi padre tuvo ese valor, y absteniéndose de emigrar, se contentó con presentar su dimision cuando